

La prisa y la espera

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: caracol © Channarong Pherngjand /
Shutterstock y liebre © Arthur Balitskii / Shutterstock
© María Folguera de la Cámara, 2025
Autora representada por The Ella Sher Literary Agency

© Ediciones Siruela, S. A., 2026
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-87688-86-8

Depósito legal: M-3.490-2026

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

María Folguera

LA PRISA Y LA ESPERA

Un año de creación

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 159 (Serie Mayor)

Índice

Enero: un prólogo	13
-------------------	----

PRIMERA PARTE: Todos los grandes lienzos de Velázquez hablan de mí

Se abre el telón	27
Una descripción de <i>Las hilanderas</i>	29
La araña que picó a una diosa	31
Un aposento impropio	39
El prestigio	43
Díptico del tiempo y el espacio (de la creación)	47
La copia de la copia	51
Fina estampa	55
Tienes algo en el pelo	63
Portadoras de pétalos de rosas	68

SEGUNDA PARTE: Piedrecitas blancas

Un murciélago	73
Piedrecitas blancas	80
Fantasía e imaginación: tarta de fresa y huesito de pollo	89

Una receta infalible	93
Dejar a la hija	98

TERCERA PARTE: Coser la sombra con jabón

Nota al pie	107
Coser la sombra con jabón	123
Pata de cabra	130
Enero otra vez: un epílogo	135
Notas	139

Para Carmen, compañera de cuentos

«Pero la mañana alcanzó a Shahrazad, que calló para no abusar del permiso que se le había concedido.

—¡Qué historia más extraña! —dijo su hermana.

—Si el rey me permite vivir una noche más —dijo ella—, os contaré el resto de la historia, que es más extraña aún.

El rey decidió que le perdonaría la vida para que acabase su historia y que ya la ejecutaría al día siguiente.

Cuando cayó la noche, su hermana dijo:

—Si aún no tienes sueño, cuéntenos una de tus historias para entretenernos durante la vigilia.

Y Shahrazad accedió».

ANÓNIMO, *Las mil y una noches*¹

Enero: un prólogo

Escribo en un tiempo de impaciencia.

Tenía un plan y no se ha cumplido. Un libro —inédito, anterior a este—, un proyecto —que se canceló—, o un deseo extraviado. Mientras tanto he conseguido otras cosas, pero, a diferencia de los propósitos truncados, no me empujaron a escribir lo que está entre tus manos: un libro sobre la prisa y la espera.

Iniciar un proceso de escritura significa aprender a aceptar que el tiempo se burla; que no se dejará controlar. Cada mañana me siento ante mi mesa y le tiendo la mano: podríamos aliarnos para ordenar el oficio de la escritura. Imaginar plazos —un periodo de investigación y después el texto—, buscar vías de financiación; pensar del modo más eficiente. Estoy preparada; tengo una panoplia de agendas, calendarios y libretas con notas. Propongo un truco para no perderme en el bosque: llevaré la cuenta de las cosas. Crearé una expectativa, me dedicaré a un proyecto tantos meses, y se publicará el año siguiente.

Pero la obra de arte sabe que me va a tocar esperar más de lo que yo creía. No esperaba esperar tanto, tendré que aguardar todavía un poco más. El tiempo ha salido corriendo y no sé hacia dónde. Ya no está sobre mi mesa.

«Un hijo es una pregunta que se le hace al destino», dice Strindberg en *El pelícano*.¹¹ Una obra de arte, también.

No obstante, más que una pregunta, diría que lo que hace la obra de arte es replicar al destino, alargar la conversación. Lo curioso es que la respuesta no va a llegar aún. ¿Cuánto tiempo puede vibrar un signo de interrogación?

Terminas una novela, la envías, te aseguran que en breve te dirán algo. Transcurren los meses. Mientras tanto, continúas revisando tu novela, leyendo sobre el tema en el que has trabajado; ahondas en la obra que has preparado. Revisas una frase, un párrafo. Quitas una coma, añades puntos suspensivos. La respuesta todavía no llega.

O le propones a una productora un texto teatral. El responsable de producción muestra interés, pero advierte que solo se embarcarán si una actriz conocida y prestigiosa acepta ser la protagonista. Hay una actriz conocida y prestigiosa que está interesada. Pero antes de confirmar nada quiere saber más del proyecto. Concertáis una cita para que todas las partes se conozcan. La cita se aplaza una y otra vez, durante meses. Mientras tanto, el texto debe estar listo para cautivar a todo el mundo en ese café de prueba que tarda en llegar.

O te presentas a una convocatoria de becas. Redactas la solicitud. Te entusiasmas con tu idea. Acaricias el cronograma, relames la bibliografía: qué bello sería hacer este trabajo en buenas condiciones. Te ilusionas. Algunos meses después publican la selección: eres la cuarta suplente; si cuatro de los elegidos renunciasen, entonces tú entrarías. En la mañana de la noticia tu mente se apresura a buscar una salida: bueno, lo haré así o asá, me las apañaré; o, por el contrario: me volveré a presentar el año que viene; ahora voy a guardar esta idea entusiasmada, como

en un congelador, y la vuelvo a sacar dentro de doce meses. Esta imagen te hace pensar en el truco para congelar la verdura en su punto de frescura: pones agua a hervir, cortas las judías en trocitos, cuando el agua bulle los vierdes y les das «un susto» —los escaldas—, se ponen de color verde intenso y entonces los repescas, les pasas un chorro de agua fría y los guardas en una bolsa. Al congelador. ¿Cuál sería el equivalente en el mundo de la inspiración? ¿Cómo trocear una idea y escaldarla a tiempo para que se mantenga fresca a pesar del aplazamiento? Un documento Word como un *tupperware*. Ojalá no la pierda: se descongelará la idea y todavía sabrá cruda si la muerdes; todavía le queda mucho proceso antes de estar lista para servir, un poco correosa quizá, pero aún nutritiva. Cocinera que salvaguarda las ideas no reclamadas por los demás. Nada se tira, todo se aprovechará más tarde. «Confía», dicen los vídeos y libros de autoayuda. No te queda más remedio.

El tiempo de la creación se intenta medir con herramientas y cálculos —documentos, calendarios, previsiones, convocatorias—, pero luego llega otro tipo de tiempo y se complace en enredar, confundir y reorganizar las marcas. Todavía no, aún no; espera; y de repente: ¿Podría ser el mes que viene? ¿Podría ser para esta semana? El corazón arrítmico intenta decir que sí a todo, a la espera y a la aceleración. Podríamos hablar de las demandas del mercado o ponernos místicas e imaginar a las musas, diosas griegas de la creación. Tanto el mercado como las musas se comportan como un gato caprichoso: dan por supuestos los servicios de la escribana para sacar adelante el artículo, la obra de teatro, la novela. «Ahora no quiero

esta idea —bostezan las musas desde el monte Pieria y echa el mercado su cierre metálico—, pero no la tires todavía».

Desde que dejé mi trabajo de oficina, donde la vida se medía en meses y donde se podía ejercer cierto control sobre el calendario, he tenido que negociar cada mañana con el tiempo. Estoy a punto de finalizar mi primer año de dedicación exclusiva a la escritura. Hasta ahora mi sustento principal durante catorce años estuvo en la labor para un teatro madrileño público, con factura mensual, agosto incluido; puntualmente compaginaba este trabajo con mis proyectos artísticos. Recuerdo la sensación de aquel primer enero de vida nueva. Me sentaba y planificaba, elaboraba propuestas de proyectos, quería ser estratégica y tocar todas las puertas posibles. Y a continuación me quedaba un poco sorprendida al ver que nadie tenía ninguna prisa por contestar. Era una sensación injustificable, porque, evidentemente, yo sabía que el mundo exterior no había cambiado desde el 1 de enero, y nadie iba a correr por un *e-mail* acerca de un taller o de un artículo. Era mi bombeo químico interior el que necesitaba una reafirmación urgente, y el que se desesperaba por no conseguirla. Síndrome de abstinencia: durante muchos años había sido yo quien dispensaba las respuestas desde mi oficina del teatro. Desde esa posición, por supuesto, también había tenido que esperar respuestas y resignarme y someterme a plazos ajenos de aprobación o de viabilidad —dirigir un teatro público es coordinarse con todo el

equipo y adaptarse también a los esquemas administrativos y políticos de turno—. Pero, en cualquier caso, sí tenía una mayor capacidad de ejecución sobre algunas cosas. Y ahora había renunciado a ella. Por muy consciente que fuera de la decisión que había tomado, existía un hábito que ahora mi cerebro añoraba.

Como responsable de programación, era yo la que decía: «Hasta dentro de un par de meses no podré confirmarte nada», y los artistas me contestaban muy educados y pacientes. No es que la situación haya dado un giro radical: en esa misma época a menudo también era yo la artista aspirante, fuera de la oficina, con otros proyectos para otras instituciones o productoras, y también contestaba educada y paciente a todos los que me emplazaban. Pero en enero de 2024 había elegido desarraigarme de la institución donde trabajé tantos años, y entre las manos solo tenía una posición: la del artista, la de llamar a puertas, educada y paciente. Disponible para un asalto en cualquier momento. Alerta y a la vez serena.

En enero las mañanas fueron larguísimas. A las doce ya había hecho todo lo que me proponía y me asombraba notar cómo las cosas se demoraban o directamente quedaban en suspenso. Llevaba más de una década compaginando múltiples tareas y facetas, y precisamente había llegado a esta renuncia por cansancio. Los cuarenta años que estaba a punto de cumplir me avisaban en forma de irritabilidad creciente. Todo apuntaba a que había que bajar el nivel de hiperactividad y bilocación constantes.

En febrero, el transcurso lento y silencioso de las semanas fue la evidencia de que yo no tenía una varita mágica

para provocar reacciones ni disparar mi carrera como escritora *freelance* así, por las buenas. De hecho, repasemos esta última frase: «varita mágica», «disparar mi carrera»; todos ellos, términos alucinatorios de alguien que, en efecto, está bajo un síndrome de abstinencia y suda la fiebre de un cuento de terror. Zapatillas rojas para que la *freelance* baile frenéticamente hasta caer rendida: ¿eso deseaba?

Así que me tranquilicé y acepté hacer algo ridículo: un viaje que siempre había dicho que no haría porque me parecía una tontería, pero en el que pensaba a menudo. Fui a la casa de Emily, Charlotte y Anne Brontë en Haworth, en el norte de Inglaterra.

Siempre he tenido problemas con el ocio, o para perder el tiempo en general. Me he dedicado a trabajar, escribir, ensayar, investigar sobre temas que me interesan y pasar tiempo con mi familia y amigos. Cuidar, cultivar, arreglar, sostener...; ese tipo de cosas. Nunca me he ido por ahí a zascandilear. Nunca me he drogado. Nunca he amanecido en la playa. Nunca he viajado sola, aunque siempre había soñado con ello. Hasta este año, hacía muchísimos años, décadas, que no viajaba con amigas. Incluso antes, cuando no tenía pareja ni hija, rechazaba los viajes de vagabundeo. No me atraía la posibilidad de viajar con Interrail ni frivolidades similares. Sentía mucho rechazo a ser turista; prefería ser de esas que hacen un poquito de turismo en el rato libre que el viaje por trabajo permite. Sin embargo, mientras tanto no dejaba de fantasear con irme yo sola alguna vez y estar en un hotel en silencio. Y, cada vez que me permitía un rápido bosquejo de un viaje de fantasía —«¿Te imaginas, Japón? ¿Te imaginas, la isla

de Pascua? ¿Te imaginas recorrer el muro de Adriano, Gran Bretaña de costa a costa?»—, descartaba enseguida la parroquia de las Brontë. Una casa-museo de escritor, afirmaba entonces, es romería de fetichismo. A pesar de admirarlas con toda mi pasión y mi memoria desde que leí *Cumbres borrascosas* en la primera adolescencia, ¿qué me importaba a mí la mesa donde hubieran escrito o la vista desde su habitación? Nada nada; era una estupidez. Pero justo al inicio de este año leí *Infernales*, la biografía de Laura Ramos de las tres escritoras y de su hermano Branwell, que fue el que más publicó en vida y el más ignorado como autor, habitualmente relegado a estereotipo de mediocridad desastrosa, y dejé de darle vueltas. Iría allí. Perdería el tiempo.

No voy a desgarnar todos los detalles del viaje, solo algunos: de camino al páramo donde Emily Brontë paseaba con su fiero *bullmastiff* Keeper, comí un hojaldre de cordeiro y guisantes en una bolsa de papel. El viento helado hurgababa en mis oídos; tenía la sensación de dirigirme hacia el fin del mundo, sola entre charcos y rocas. Un cartel de madera señalaba los kilómetros que quedaban para llegar a Top Withens, la granja en ruinas cuyo paisaje inspiró la ubicación de *Cumbres borrascosas*. Luego cené una coliflor asada junto al fuego, en un precioso restaurante de techo bajo y vigas de madera, mientras leía *La inquilina de Wildfell Hall*, de Anne Brontë. Había merecido la pena el peregrinaje a la tundra del ficticio Heathcliff, el niño esclavizado que hace suya una tierra en nombre del resentimiento.

Meses después aún existen las mañanas sin un solo *e-mail* ni una llamada. Me han parecido una vergüenza,

como si alguien hubiera escrito un insulto en la fachada de mi casa y todo el mundo lo supiera y evitara relacionarse conmigo. Si los demás no me reclaman nada es porque, quizá, no quieren nada de mí. Por supuesto, cuando pienso esto estoy ignorando descaradamente los cincuenta asuntos que sí están en marcha, con su agenda, sus plazos, su toma y daca; es solo que hoy no hay nada urgente y por eso nadie contacta conmigo. En vez de celebrarlo, en vez de constatar lo quisquillosa que soy llevando al día mis cositas, cumplidora y responsable, sospecho. Qué lento baja el mono del frenesí.

Vamos a darle unos meses más de espera a la novela. La enviamos a un concurso: mi agente dice «la congelamos hasta diciembre, cuando se sabrán los finalistas». Me imagino un *tupperware* de cristal con una hoguera dentro. Llamas rojo y oro escarchadas, carámbanos bajo la tapa de plástico capaces de hacer hibernar la vida hasta un momento más propicio. Cuando llegue diciembre, pase lo que pase con el concurso —ya sea porque queda finalista, o porque lo descartan—, en cualquier caso, habrá novedades, una nueva fase de la vida de ese manuscrito. En ese momento, sacamos de nuevo el *tupperware* y lo destapamos. El hielo mana lágrimas y deja un charquito alrededor. El fuego estaba dentro; estira suavemente sus brazos amarillos, se despereza y pronto alza sus llamas como si siempre hubiera estado vivo. Un fuego capaz de soportar los rechazos, la pereza, la acumulación, la tardanza, el desinterés y la saturación del mercado. Un fuego convencido de que en cualquier momento llegará un corro de gente dispuesta a danzar en torno a él.

La obra de teatro ha salido adelante. El café de prueba prosperó gracias a que yo, la dramaturga, decidí, por mi cuenta y riesgo, escribir la obra de teatro y llevar los folios impresos a esa primera y codiciada reunión. Leímos la primera escena y la magnífica actriz quedó convencida. Entonces comenzaron las negociaciones de todas las partes, se armó un equipo y un plan, y la fecha de estreno se barajó y anunció y volvió a modificarse unas cuantas veces, como luciérnagas por el calendario, o como figuras de un ajedrez. Los meses transcurrieron entre llamadas y dudas y con la vaga inquietud de que los preparativos pudieran truncarse. Aun así, ocurrió: llegó el primer día de ensayos.

Esta vez el tiempo había pasado a mi lado y reaccioné para asirlo por los pelos y atrapar la oportunidad. Como reza el dicho, la ocasión la pintan calva. Para terminar de entender el refrán, habría que añadir que, además de pintarla con una calva en el centro del cráneo, a la ocasión, o a la oportunidad, se la representaba con un mechón en la sien. Esta faceta del tiempo se llamaba *kairós* en la antigua Grecia (concepto derivado del dios homónimo Kairós) —en este libro vamos a hablar mucho de la antigua Grecia porque es un baúl de disfraces que está muy a mano—. Kairós siempre pasa corriendo; si dudas, te dejará atrás y, cuando te gires para intentar agarrarlo, no podrás, porque tus dedos resbalarán sobre su calva diáfana.

Los artistas tienen mucho miedo de perder a Kairós. Cuelgan atrapasueños del marco de la ventana para retenerlo; intentan afinar silbatos que suenen como señuelo, a ver si Kairós se acerca y ofrece una actividad bien remunerada y considerada. Es extraño eso de agarrar a un calvo

melenudo que pasa a tu lado como metodología laboral habitual, pero el gremio entero comprende que no queda más remedio. Mi psicóloga dice que los demás oficios también dependen de Kairós y la capacidad de reacción ante él, pero para ellos existe una mayor tradición de auto-engaño en forma de aparentes certezas (resguardarse en un contrato, esperar un suministro mensual, creer que sabes cómo va a ser el año que viene...).

Cronos, otra forma del tiempo para los antiguos griegos, es un viejo barbudo con herramientas a mano para medirse a sí mismo: clepsidras, relojes de arena, calendarios, agendas... Es el tiempo mensurable, o que al menos pretende serlo. Los artistas a veces intentamos entendernos con Cronos y ordenamos los proyectos en meses; sabemos que luego habrá que rehacer casi toda la propuesta, pues la mayoría de las previsiones no se cumplirán. Pero la fecha del estreno-luciérnaga tiene que posarse en algún momento y quedarse quieta. Cronos a veces nos promete: «El año que viene también trabajarás en esto. Mira, ya tenéis un bolo para febrero».

En cuanto a la convocatoria de residencias literarias, quedé cuarta suplente en el listado y, por supuesto, cuatro personas por delante de mí en la lista no renunciaron para dejar libre un hueco. Llegó el otoño y supe que a pesar de todo iba a escribir el ensayo. En vez de teclearlo sobre una mesa desconocida en una habitación de una residencia de estudiantes donde me habría alojado durante quince días, con una inyección vigorizante de euros en la cuenta y el mar Mediterráneo cerca para pasear y despejarme entre capítulo y capítulo, iba a sacarlo adelante en la mesa de

siempre, el revoltijo casero donde anido. Sin expectativa concreta, ni de publicación ni de retribución. En la mesa, una calculadora rota, una agenda, pósts de colores arrugados como los envoltorios de unos bombones que se han comido con ansia, un diccionario etimológico, tarjetas de metro, libretas, Ovidio, un libro sobre Velázquez sacado de la biblioteca, un kit dental en una cajita que hurté de un hotel, un *pen drive*, títex, una acuarela de una playa de Cefalonia, un higo rojo de cerámica y un vinilo en cuya carátula aparecen las gemelas Pili y Mili. En la pared, pegadas con cinta adhesiva, fichas de cartulina con los respectivos nombres de los capítulos de este libro; y un tendedero plegado, y un radiador roto. Kairós ha pasado de largo pero susurra: «Tendrás que hacerlo igualmente». Cronos bosteza a mi lado y dice: «Entonces, ¿crees que para diciembre habrás escrito las tres partes?».